

Terapia Animal

Una bióloga valenciana **I**estudia los beneficios terapéuticos en las relaciones entre niños con síndrome de Down y cachorros de perros

Manuel L. de la Reina 

Belén Vendrell había observado en varias ocasiones que cada vez que un cachorro de perro o cualquier otro animal irrumpía entre un grupo de niños, se organizaba un gran alboroto. Esta joven es una bióloga que prepara su tesis doctoral en el Departamento de Biología Animal de la Facultad de Ciencias Biológicas de Valencia, dirigida por los doctores Javier Núñez de Murga, Pablo García Brull y Salvador Barberá.

«Hace dos años empezamos a proyectar la idea de realizar esta tesis. Estábamos investigando en la línea de la etología aplicada, es decir, el comportamiento animal. Al final decidimos que si con cualquier niño podría ser beneficioso en el aspecto social o motriz, con los niños con síndrome de Down, con un sistema neuromotriz y de desarrollo más lento, podríamos obtener beneficios importantes», explica Vendrell.

En España no se había realizado antes ninguna investigación de estas características. El objetivo es conocer los posibles beneficios a largo plazo de la convivencia de niños con síndrome de Down y cachorros de perro en tres sentidos: el desarrollo motor, verbal y social. Para llevar adelante esta investigación se han valorado dos aspectos fundamentalmente.

Estímulos

Por un lado, el hecho de que el juego es algo que motiva a los niños para desarrollar conductas y aprender; y por otro, la capacidad socializadora de los animales. «Cuando el niño se pone en contacto con el animal recibe un gran estímulo multisensorial. El perro le provoca reacciones positivas (juegan, corren, chillan). Los niños con síndrome de Down son más tímidos y necesitan iniciativas gratificantes. Por eso, el perro ayudaría a realizar este papel. Además, el niño no juega sólo con el perro, juega también con el hermanito, saca a pasear al perro, visita a alguien con otro animal y se desarrolla el entorno familiar», argumenta la bióloga.

La única «contraindicación» que podría originar algún rechazo estaría derivada de las alergias o problemas de salud como asma o bronquitis. Por eso se tomaron precauciones con las 140 familias de diferentes puntos de la provincia de Valencia que participan en el proyecto de forma voluntaria. Todas ellas están divididas en tres grupos: familias que demostraban interés en adoptar un cachorro, familias que no querían tener el perro y familias que ya disponían de algún animal.

El seguimiento, que se realiza a domicilio a través de test psicopedagógico, es idéntico para los dos primeros grupos. Se valora el antes y el después de la presencia del cachorro. Hay muchas variables en juego al analizar los resultados, por lo que es difícil extraer conclusiones. «Influye la edad, el entorno familiar y las terapias paralelas», matiza Vendrell.

Perros afectivos

Otra de las particularidades de esta experiencia es que existe bastante obsesión con el tema de las razas, y aunque es verdad que algunas están más predisuestas que otras, lo cierto es que a los investigadores sólo les interesaba la variabilidad genética y que el animal fuese sobre todo afectivo, activo y socialmente adecuado. Se buscaron perros que no crecieran demasiado,



Cuando los niños contactan con los animales reciben un estímulo multisensorial que provoca el juego, la carrera o el chillido

el típico perro faldero, cariñoso y despierto.

Los cachorros han sido donados por la Sociedad Protectora de Animales, quien se ha encargado de vacunar y desparasitar a los animales. En la investigación también han colaborado el Real Patronato para la Prevención y Atención a las personas con Minusvalías, el INSERSO, la Asociación ASINDOWN, la Generalitat Valenciana, «Friskies», que se comprometió a regalar cajas de su mejor pienso y el Servicio de Rehabilitación Infantil de la Ciudad Sanitaria «La Fe» de Valencia, a través de la doctora Adoración Ortiz.

No obstante, a pesar de las buenas expectativas y los resultados positivos que se van observando mientras se desarrolla la investigación, la bióloga se muestra muy cauta a la hora de adelantar conclusiones: «Todavía es pronto porque no tenemos resultados estadísticos, pero hemos observado que a nivel motor les ayuda a moverse, a correr, verbalmente también les estimula porque chillan, le dan órdenes. Esta es una terapia a nivel psicopedagógico, que llamamos ludomotivacional, que no puede sustituir los aspectos médicos, ni pretende desplazar a otro tipo de terapias. Un niño que a los cuatro años de edad todavía no sabía andar, ahora da sus primeros pasos persiguiendo al nuevo compañero de juegos». **D**